

## El arrabal en la literatura\*

---

**E**l influjo del arrabal en la literatura es de naturaleza análoga al del mar. Como el mundo marino, el arrabal representa líricamente una efusión indeterminada. En él, en sus vagos campos sin urbanizar, se sumen y se desfiguran, se hacen imprecisos e incoherentes todos los lineamentos arquitectónicos y mentales de la ciudad. Las ideologías urbanas, las artes y conceptos urbanos, terminan y se enmarañan en la arbitraria libertad del arrabal. No todas las ciudades tienen a su término un mar en que la dura tierra se haga ola y las perspectivas se rasguen indefinidamente. Pero todas las ciudades tienen un arrabal, un arrabal de campos no cercados, rayados por esos surcos que no se sabe quién los traza, y sobre los cuales se alargan humos grises y blancas nubes volanderas –esos humos y esas nubes en que parecen condensarse finalmente, para dispersarse en la nada huera, el vano hálito constante de las fábricas y de las academias urbanas –. Toda ciudad tiene sus arrabales, habitados por gentes pintorescas, a un tiempo maliciosas y cándidas, en cuya existencia, algo irregular, hay un tanto del libre vivir de los litorales y donde los modos de vida urbana toman inesperadamente un sentido arbitrario y autónomo. El arrabal es, como el mar, un elemento disolvente. La continuidad de la vida urbana se rasga en él de pronto, para convertirse en algo vago y roto, sin pauta prefijada, prometido a todo futuro, que toma su sustancia misma de lo porvenir y muestra el cándido y errante destino de las quillas nuevas. El arrabal se ha formado, desde el primer momento, de un modo aven-

---

\* Este ensayo del gran escritor andaluz, a quien Borges consideraba su amigo y maestro, pertenece a la misma época de *Fervor de Buenos Aires*. Las posibles relaciones entre este escrito y la noción borgesiana de “arrabal” fueron recientemente evocadas por Carmen de Mora, en un coloquio internacional organizado por la Universidad de Bruselas. *Variaciones Borges* agradece cordialmente al hijo del escritor, don Rafael Cansinos Galán, su amable autorización para reproducir este texto, que forma parte de un vasto y laudable proyecto de edición de las obras completas de R.C.A. por la Diputación de Sevilla.

turado e incierto, al bueno y vago acaso, sin solemnidades ni auspicios, a la manera de las construcciones madreporicas. En un principio, lo pueblan los descontentos de la ciudad, los espíritus precarios que no pueden soportar el grave decoro cívico, todas esas indeterminadas criaturas –escorias o primicias sin elaborar– que se escalonan triste o airadamente sobre las peñas de los aventinos. Luego va creciendo, se urbaniza; pero siempre conserva algo de la fisonomía de las zonas fronterizas, de las extensiones polémicas, de las lenguas de tierra que se hundían en el mar. ¡Cuánto tiempo hasta que el arrabal urbanizado se acerca de vallas y resguarda sus luces en urnas y tiene su templo y su academia!

Pero, aun en el período de su urbanización, guardan los arrabales algo de indeterminado, de aventurero, que les asemeja al mar de las efusiones imprecisas. Su trascendencia en la literatura marca aún más esta semejanza. La literatura propiamente suya es una literatura popular, hablada y precaria, que acrece los acervos folklóricos de romances y coplas. Literatura libérrima, jovial y expansiva, que recuerda las barcaolas de los nautas. Pero aun en su literatura refleja se advierte el influjo de la inspiración libertaria de los arrabales. Se reconoce al punto la literatura culta que ha frecuentado el arrabal y se ha sentado en sus desmontes y ha bebido en sus tabernas. Advertimos en ella, como en una literatura que ha viajado, algo de más vivo y roto. En la literatura antigua, los cantos faunescos y satíricos, en su doble sentido, las libres *atelanas*, han nacido en los arrabales. Las efusiones mismas de la tragedia y la comedia, antes de convertirse en cosa literaria, han sido verosímelmente una súbita inspiración del arrabal, de un arrabal pagano que vendimiaba sus vides y sacrificaba sus machos de cabrío. El carro de Tespis erró largo tiempo por los arrabales y los pagos antes de asentar su escena en las metrópolis. Los filósofos cínicos, los que han dicho las palabras más fuertes en filosofía, aunque se reclinaban en los pórticos áticos, eran hombres de arrabal, y Diógenes Laercio nos los muestra comiendo en los bodegones extraurbanos. Los cuentos milesios, de cuyo ingenio un florecimiento perdura en *El asno de oro*, de Apuleyo, eran cuentos de arrabal, tenían toda la desenfadada expansión de los arrabales. El *Satiricón*, de Petronio, devana sus escenas en los arrabales y es algo que está lejos del cívico decoro de la literatura que se desarrolla *intramoenia*. Así Marcel Schwob, en sus *Vidas imaginarias*, ha podido atribuir a Petronio una prosapia plebeya. La sátira de Juvenal ha descendido a los suburbios para ver los lúbricos horrores que anatematiza. En todo el léxico latino no hay una palabra tan viva y enérgica, tan rica de color, tan esenciada, tan diversamente sávida, tan cargada de culan-

tro y de cantáridas, como esta palabra *Subura*. Pronunciarla sólo mentalmente es evocar toda una serie de abigarrados cuadros, con sus imágenes de pecadoras de azafranadas trenzas, barbudos profetas, gladiadores, sofistas y blancos eunucos. La vida antigua se hace extraordinariamente viva y hervorosa en los suburbios donde bulle la plebe que Cicerón contempla con un togado desdén desde su atrio, circundado de Hermes; la plebe sin aras, sin dioses, que vive *more ferarum*, sin santidad en los concúbitos. ¡Oh los arrabales de Roma, Bizancio y Alejandría, célebres en todas las historias execrables! ¡Arrabales de Jerusalén, que ven alzarse las tres cruces del viernes de Pasión y prestan su vivacidad plebeya, sus dichos, sus anécdotas, sus mujeres piadosas y sus hombres crueles, sus Cirineos y sus Longinos, al relato evangélico! ¡Suburbios de Roma, que en la sagrada historia nos muestran a los primeros cristianos viviendo, austeros y puros, entre las últimas licencias paganas, del mismo modo que en la moderna novela rusa los apóstoles iluminados, los profetas ácratas conviven con las pobres pecadoras marchitas, en los arrabales de Moscú y Petrogrado! El episodio de la Magdalena vertiendo su pomo de unguento de nardos sobre los pies del Cristo, ¿no es un instante patético de la pintoresca vida de los suburbios?

En todo tiempo, la literatura se ha hecho más viva y libre por su contacto con el arrabal, y allí ha encontrado sus más vigorosos temas. Se ha llenado de salud, de alegría y de ímpetu, y ha roto sus vestes urbanas. El arrabal tiene un alma pagana y heterodoxa que rechaza toda conveniencia. Es un lugar de burlas o de broncas disputas. En los arrabales de Éfeso y de Bizancio, las luchas entre politeístas y cristianos asumen caracteres zahirientes y grotescos. En las actas de los Apóstoles, los arrabales de Corinto resuenan con las rudas vociferaciones de judíos y cristianos (*Sur la pierre blanche*, Anatole France). San Pablo mismo es un hombre de arrabal, un hombre que vive en viviendas extraurbanas; y hombres de arrabal son también luego Lutero, Calvino y Nietzsche, hombres de roncadas voces y de vestir desaliñado. ¿No se han formado las sectas en los arrabales del dogma? El arrabal es el refugio de las supersticiones últimas y de las nuevas utopías. En los arrabales de Roma tuvieron su iniciación los misterios de Mitra en las postrimerías del Imperio, y allí fraternizaron los primeros cristianos con los paganos convertidos. Las novelas de Wiseman pintan un ambiente de corrupción y misticismo que coincide, salvo las diferencias topográficas y cronológicas, con el de las posteriores novelas rusas. Los siglos medios vieron salir del arrabal las cofradías heterodoxas de flagelantes y conculsionarios. La milagrosa tumba de San Medardo obra sus prodigios

en un arrabal de París, y las damas de la más brillante corte van hasta allí a confundirse con el pueblo, dejando tras de sí las doradas carrozas. La tradición democrática del arrabal se manifiesta luego en los ritos sangrientos del Terror. Del arrabal han salido las gorgonas revolucionarias, y de él salen después los estandartes negros de las reivindicaciones societarias.

Esta alma demagógica y rebelde, esta pintoresca alma vivaz de los arrabales se transfunde en la literatura, llenándola de enérgicos matices de salud y de vida. En los arrabales de El Cairo, de Bagdad y Damasco encuentra el narrador anónimo de *Las Mil y una noches* sus más divertidos personajes, sus locos graciosos, sus borrachos de buen humor, sus pescadores ambiciosos que, como los de Teócrito, sueñan con sacar las redes hinchidas de tesoros. Cuando el sultán Harun -ar -Rachid se siente triste, para ahuyentar su melancolía, diríjese a los arrabales en compañía de su visir y de su portaalfanje. En los arrabales encuentra esos jardines misteriosos, iluminados solitariamente para raras fiestas, esas casas de mala fama de las que, algunas veces, le cuesta trabajo escapar con bien. Los arrabales de Córdoba, floridos de jardines, son el lugar donde se reúnen los poetas, y allí infringen la ley coránica, bebiendo el zumo de la vid e improvisando los más ardientes madrigales. En el grave Talmud, las anécdotas más libres, las cómicas disputas entre los doctores, son rasgos de la vida de los arrabales, donde aquellos sabios, que al par son artesanos, tienen sus academias y sus talleres. Nuestro regocijado Arcipreste es un hombre de arrabal; y hombres de arrabal son también nuestros autores picarescos, como lo son Rabelais, Cervantes, Shakespeare. En una taberna de arrabal encontró éste seguramente a su enorme Falstaff, escondido en el cesto de la ropa sucia. En los arrabales de Londres, junto a las turbias aguas del Támesis, se tropezaron los antiguos poetas ingleses, Chaucer y Spencer, con sus alegres marineros, sus rollizas lavanderas y sus mil motivos de alegres canciones. Posteriormente el arrabal llena de arpegios las victorhuguescas canciones de las calles y de los bosques, porque el arrabal es el que a la ciudad envía sus aprendices silbadores y sus avispadas obrerillas. El arrabal tiene su magnificación literaria en Victor Hugo, en Balzac, en Sué. El autor de *Los miserables* es acaso el primero en exaltar la saludable belleza de los arrabales, la sana energía de sus obreros y el tono demagógico de sus cantares, dando la pauta para las ulteriores novelas realistas, a la manera de *Germinal*. En este momento, que llena el genio prolífico de Zola, el arrabal, fabril, con su cielo de blusas azules, crea toda una literatura. Los escritores realistas interpretan sobre todo este aspecto de recia salud y de libertarios anhelos futuros, mien-

tras otros novelistas más sutiles, como Jean Lorrain, se aplican a desentrañar el misterio de sus noches sin faros, atisbando las escenas de lascivia y de crimen que la luna de los arrabales ve más allá de las últimas líneas urbanas. Verlaine y Baudelaire, en tanto, exaltan temas miserandos y tiernos de los suburbios sórdidos, y Jehan Rictus da un verbo a su protesta airada y a su amarga furia viciosa.

De esta suerte, el alma contradictoria del arrabal se refleja en la literatura y logra la interpretación estética de sus diversos matices, definiéndose a sí misma y obrando siempre como una inspiración varia y libre, que rompe los inflexibles cuadros urbanos. Como el mar, en las novelas de Fenimore Cooper, presta a las narraciones terrestres sus más pintorescos episodios. La novela urbana se ensancha inesperadamente al llegar al arrabal, se llena de una larga bocanada de aire. La última modalidad novelesca, la novela policiaca que se sale de los moldes escritos para pedir las representaciones sensibles de la tramoya teatral y de las pantallas cinematográficas, es en gran parte una novela de arrabal; porque es en el arrabal donde se hallan los refugios misteriosos, las viviendas que, como los castillos antiguos, tienen salidas ignoradas sobre las aguas de los ríos turbios; las tabernas con trampas, y las lanchas ágiles preparadas para la fuga; y en el arrabal es donde son posibles esos lances fantásticos y maravillosos, en que el novelista muestra su fácil taumaturgia. ¡Oh arrabales sobre el Sena en *Los misterios de París* y en *Los dos pilletes!* ¡Arrabales de Ponson du Terrail y de Fernández y González, y de Pérez Escrich! ¡Arrabales del folletín y del cinedrama, arrabales para secuestros silenciosos y para luchas terribles y sordas en la noche! ¡Oh arrabales de Bonnot! La novela urbana se convierte en un folletín deshilvanado al llegar al arrabal: y no es ésta una de las mayores travesuras del genio de los arrabales.

Mientras los barrios bajos tienen un alma resignada y extática –se querría marcar bien este matiz–, el arrabal es algo enormemente dinámico, como el mar mismo. ¡De ahí la multiplicidad de sus matices! En concreto, diríase que todo está en él. Así se explica la diversidad de sus interpretaciones literarias. Y así se comprende que haya podido tentar a los espíritus complejos que aspiran a las grandes síntesis. En nuestros días y en nuestra literatura, el arrabal ha querido ser abarcado en obras como *La horda*, de Blasco Ibáñez, llena de intención personal, y como la célebre trilogía barrojesca, desentrañando en *El oscuro dominio* y *Las tobas de arrabal* el misterio de lascivia y de crimen que perdura en esos antiguos palenques de aquelarre mientras Répide se aventura en él hasta sus primeros descampados, para unirse quizá a las primeras ro-

merías de mayo, siguiendo la huella de las tradiciones urbanas, con su eterno espíritu de anticuario, no de otro modo que Pausanias exploraba los suburbios áticos, y los joviales costumbristas nos describen con claros colores sus soleadas alegrías dominicales. En la lírica, el arrabal logra voces contradictorias, porque en él están los blancos sanatorios de Juan Ramón, y los gasómetros, redondos como tambores, de Mauricio Bacarisse, y los hialinos paisajes de Patinir (*passim*; *El esfuerzo*. Madrid, 1917), y las niñas de faldas desgarradas. Las poesías de este epígono son acaso las que más directamente recogen la bronca inspiración del arrabal madrileño, en un tono que recuerda a Quevedo y a Rictus, y que exalta la furia fabril y demagógica de los suburbios. Pero en estas diversas interpretaciones del arrabal, siempre algún aspecto queda olvidado, porque el arrabal, más que una esencia, es una infinita serie de modos, un devenir eterno. Su representación menos frustrada está en el arte integral de Gómez de la Serna, en su modo libre de hacer, sin argumentos ni nexos estrictos. Los posibles modos de ser del arrabal se vislumbran en libros como *El Rastro*, en los rosarios de primas de sus *Greguerías* y en toda su obra construida al margen de las ciudades literarias, con el arte provisional y precario de las edificaciones suburbanas. Tan sólo el mar o el arrabal han podido sugerir esta obra, tan vasta en perspectivas, tan deshilachada e inconcluida, tan contingente y futura. ¿No os recuerda toda ella los mil aspectos del arrabal contradictorio, las chimeneas nuevas, los solares cercados de vallas, los largos cobertizos donde se acumulan tantas cosas? ¿No es toda ella misma, sin plan ni propósito, semejante a una cintura de arrabales, contruidos al acaso, con escorias antiguas y con piedras nuevas, y no tiene la cínica inocencia, el desenfado y la soltura de bragas de los arrabales? En Ramón Gómez de la Serna encontramos las auténticas voces indeterminadas del arrabal, con todo lo que ellas sugieren. Así todos los aspectos parciales del arrabal, hechos aisladamente materia literaria, tornan a su estado primero de indiferenciación y de posibilidad, e influyen tácitamente esta obra difusa. Mas no agotado nunca por la concha simbólica, este mar de sugerencias inacabables se desborda nuevamente –y siempre–, incitándoos, llamándoos –¡oh poetas!

Rafael Cansinos Assens  
Madrid, 1924